



© Mariano Martín Rodríguez
© Herederos de Joaquim Ruyra

«El chubasco», una ficción especulativa inédita de Joaquim Ruyra

EDICIÓN E INTRODUCCIÓN DE MARIANO MARTÍN RODRÍGUEZ

Joaquim Ruyra (1858-1939), autor cuya categoría de clásico moderno de la literatura catalana sigue siendo indiscutible, fue también un valioso escritor en castellano en su juventud, al menos hasta que decidió dedicarse exclusivamente a la escritura en su idioma materno a partir del otoño de 1890. Sin embargo, él mismo prefirió dejar inéditas sus obras castellanas, muchas de las cuales había dejado sin terminar. Por ejemplo, solo alcanzó a escribir los capítulos iniciales de una novela titulada *La ley del más fuerte*. De haberla acabado y publicado, esta habría sido una de las primeras historias de invasión extraterrestre

de la ciencia ficción internacional, tal y como señalamos en nuestra edición en la presente revista¹ de lo conservado de ella, gracias a la generosidad de la Sra. D.^a María del Vilà Vilà, quien custodia los manuscritos castellanos de Ruyra en la casa familiar en la ciudad gerundense de Blanes.

Quizá por un exceso de autocrítica o inseguridad literaria, tampoco quiso Ruyra dar a la luz otras narraciones a las que sí llegó a dar término. Entre ellas destaca la leyenda toledana *Rodamonte*, que es una de las recreaciones más hermosas, tanto por el logrado estilo poético de su prosa como por sus elementos fantásticos

¹ *Hélice: Reflexiones Críticas sobre Ficción Especulativa*, 10.1 (2024), pp. 130-160.

al modo de las narraciones de Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870), de la materia medieval de los amores entre la princesa mora Galiana y el joven noble franco que después se convertiría en el emperador Carlomagno². Otra importante narración breve que también acabó y cuya versión es la definitiva, tal y como indican la falta de tachaduras y la claridad de su manuscrito, es la titulada «El chubasco». Este cuento, que ahora tenemos el honor de publicar siguiendo escrupulosamente el texto de dicho manuscrito³, no está tan depurado en su estilo poético como *Rodamonte*. El registro elevado y altamente retórico de las palabras del diálogo entre dos interlocutores anónimos que constituyen la integridad del texto podría parecer quizás excesivo para nuestros paladares, tal vez estragados por la dieta de prosa trivialmente funcional a que nos tiene malacostumbrados la literatura de masas en nuestros días. Sin embargo, la vehemencia estilística de «El chubasco» no persigue tan solo embellecer la prosa del cuento, sino que cumple también una función desrealizadora. Su lenguaje señala que la situación presentada dista de lo habitual. No estamos ante personajes extraídos de nuestra cotidianidad, sino ante otros fuera de lo común a quienes el autor confió la descripción de una realidad alternativa, para cuya expresión podía convenir un estilo sugerente y ajustado a su finalidad poética y simbólica. Se trataba de apelar a la intuición para descifrar el sentido enigmático de unos mundos ficticios inventados como realidades secundarias.

Este procedimiento de desrealización es frecuente en la narrativa simbolista mitopoética

del período en torno a 1900, pero era aún una rareza en 1883, la fecha de «El chubasco» según su manuscrito. Ruyra se adelantó así a su época. Sin embargo, a falta del instrumento estilístico de la prosa simbolista, que tan solo se pondría verdaderamente a punto unos años después, el autor tuvo que recurrir a una escritura romántica más convencionalmente emotiva para expresar literariamente su creación de un mundo ideal y su subsiguiente caída. Años después, Henrique Coelho Neto (1864-1934) ya dispondría de aquel instrumento para escribir «Paradísia» [*Paradisia*], una parábola recogida en su libro *Vesperal* [Vesperal] (1922) que presenta un derrumbe del paraíso utópico similar al presentado en «El chubasco».

Según indicamos en la introducción a nuestra versión castellana de este cuento brasileño, «Paradísia es una isla de nombre simbólico y clima perfecto, cuya naturaleza pone al abrigo de cualquier necesidad material a sus habitantes. La vida de estos transcurre con una sencillez pacífica, sin los odios y las pasiones que suscita la insatisfacción de los deseos, pues su ignorancia del exterior hace no que echen de menos lo que no conocen, y lo que conocen basta para hacerlos felices. Esta situación cambia al llegar un naufrago cuya mera existencia les permite saber que existen otras tierras. El anhelo por lo desconocido los embarga hasta el punto de suscitar rivalidades por alcanzarlo. El enfrentamiento mortal que sigue se salda con un final trágico y definitivo. Tal final es merecido, porque su curiosidad ni había considerado siquiera que el naufrago les había avisado de los males físicos y morales de ese mundo por el que están dispuestos a

² Gracias también a la generosa ayuda y autorización de la Sra. Vilà, tuvimos la oportunidad de rescatar editorialmente este texto magistral en su género: J. Ruyra, *Rodamonte*, edición de Mariano Martín Rodríguez, Toledo, Ledoria, 2025.

³ Nos complace agradecer una vez más a la amable generosidad de la Sra. Vilà que nos acogiera en la casa solariega de Ruyra para fotografiarlo y que nos haya autorizado a editar lo aquí por primera vez.

abandonar su isla feliz»⁴. En «El chubasco» se postula la existencia en un lugar y tiempo ignotos de un país cuya organización social presenta características semejantes de perfecta armonía sostenida por una observancia completa, espontánea e indefectible de las normas más altas de la ética y la moralidad, según explica su náufrago. Este en vez de llegar a la isla utópica y arruinar su ordenamiento con su misma presencia como el de Paradisia, ha seguido un camino opuesto.

El náufrago de Ruyra procede de un mundo secundario cuyo carácter subcreado está quizás más claro que en el caso de la isla legendaria de la Antigüedad que sería Paradisia, pues aquel manifiesta la duda de si el sol de su país de origen es el mismo que ilumina el país al que lo ha llevado su periplo. Este país al que arriba accidentalmente no está tampoco localizado ni espacial ni temporalmente, pero la mención de la crucifixión de Jesucristo hecha por el personaje que recibe allá al náufrago indica que se trataría efectivamente de alguna región existente en nuestra historia. En cambio, como el Sol solo es uno, Ruyra habría sembrado mediante esa breve observación la duda de si su paraíso utópico estaría situado o no en nuestro universo. Fuera o no el caso, ese paraíso ya era cosa de un pasado irrecuperable, ya que los antiguos compatriotas del náufrago habían arruinado ellos solos su utopía al adoptar todos los vicios que sabemos imperantes en las sociedades humanas existentes. Tan solo el náufrago había conservado la antigua mentalidad utópica, razón por la cual se había marchado echándose a la mar, aunque en balde. Las olas lo habían arrojado a la costa de una región que sería tan ajena a la utopía paradisíaca como se había vuelto la suya, ahora tan distópica como cualquiera de nuestro mundo

corrompido, un mundo de pecado del que no parece poder haber escapatoria.

La maldad aparece como intrínseca al ser humano, desde antes incluso del nacimiento, tal y como predica el cristianismo según su concepto de pecado original. En las líneas finales del cuento se alude de forma poco velada a esa raíz teológica de la imposibilidad de la utopía en nuestra realidad. Sin embargo, Ruyra no despeja de esta manera religiosamente ortodoxa el misterio del paraíso perdido, pues los habitantes de la isla utópica no son verdaderamente responsables de su desgracia, al contrario de los moradores de Paradisia, transformados en seres malvados a raíz de la llegada de su náufrago. La sociedad utópica de Ruyra se hunde a consecuencia de un fenómeno natural del que aquella no parece ser responsable. Se trata de aquel chubasco del título que ha transformado moralmente para mal a todos los habitantes de la isla, excepto el náufrago protagonista, que se encontraba excepcionalmente al abrigo de la lluvia catastrófica. Su olor a azufre podría sugerir una intervención infernal, pues ese hedor mineral se relaciona tradicionalmente con el demonio cristiano, pero su misterio permanece intacto en última instancia. El chubasco es una realidad que podríamos entender intuitivamente como un símbolo de las taras éticas que corrompen la utopía, aunque se opone a tal interpretación el hecho de que esas taras son posteriores a sus terribles efectos y, por lo tanto, no podían haber sido su causa. El chubasco había caído sobre una población perfecta, sin merecerlo esta. Tal catástrofe parece ser el fruto de una enigmática intervención exterior que se antoja sobrenatural y que, de abrazar una visión cristiana del suceso, no dejaría en buen lugar a una divinidad que había permitido o causado tal metamorfosis

⁴ «Paraísos perdidos de la ficción especulativa brasileña», *Hélice: Reflexiones Críticas sobre Ficción Especulativa*, 9, 2 (otoño 2023-invierno 2024), pp. 241-242.

ética, por la que había quedado destruida la esencia de la ideal sociedad utópica e inocente. El chubasco simbólico anula así la doble ilusión religiosa del paraíso y laica de la utopía, cuyo lugar ocupa un desengaño integral e ineludible, un desengaño que anula el aparente moralismo del cuento, cifrado en la identificación entre ética y política.

Finalmente, no hay moraleja en «El chubasco». Ruyra rehúsa ofrecer soluciones, religiosas o de otro tipo. Tampoco ofrece respuestas. Lo que hace más bien es suscitar

interrogantes a través de una fabulosa construcción ficcional cuyas imágenes, sobre todo la del chubasco, sirven de eficaz metáfora del propio misterio de una maldad inexplicada e inexplicable. Esta maldad interior es la fuente metafísica última de todas aquellas deficiencias de nuestro comportamiento que impiden una vida comunitaria tan armoniosa como lo fue en tiempos ignotos la del país del naufrago evocado en este cuento tan original como hondo e intenso en su pesimismo.

J. RUYRA

El chubasco

—Has escapado milagrosamente de la muerte, oh extranjero. Cien veces creí ver que la mar rasgaba su seno sombrío para aprisionarte en él. Tu pequeña barca se zarandeaba horriblemente combatida del viento y las olas, y ha sido para ti una fortuna que haya venido a estrellarse en estas rocas donde has podido trepar, hallándote ya fuera de peligro. Pero dime, ¿de dónde vienes? Tu semblante es noble, grave, varonil, y en tu frente vasta y en tu aire pensativo se revela misteriosamente la sabiduría. ¿Cómo, pues, te has aventurado solo, en una frágil embarcación, a través de los mares borrascosos? ¿No es eso una insensatez?

—Déjame besar una vez más el polvo de estas peñas antes de responder a tus preguntas. ¡Salve, montes inmóviles! ¡Salve, clara luz del sol que doras los collados! Surgiendo del abismo, resucitado, yo te saludo, hermosa tierra, mansión del hombre. Soy un desgraciado que, fugitivo de mi patria, con el alma dolorida he desplegado la vela de mi barca, confiéndome al

viento de los cielos. Tras muchos días y muchas noches, he llegado aquí; no sé dónde me hallo ni sé siquiera si ese sol que seca mis vestidos es el mismo que alumbría mi patria lejana. Mi patria es una isla florida, embalsamada, fresca y gentil como una niña de quince años. En ella habían edificado grandes ciudades a orillas de los ríos unos hombres felices, felices porque la virtud y la sabiduría resplandecían en sus almas puras. Mis conciudadanos eran tales como debían de ser, nobles, dignos, pensadores sabios y castos, aunque sensibles al amor; eran tales como habían salido de los dedos de Dios. Cada uno sabía hasta dónde alcanzaba su talento, procuraba sacar buen provecho de él y no trataba de aparentar un mérito que no tenía. Vivíamos en comunidad y nos amábamos y nos dolíamos los unos de los males de los otros como miembros de un mismo cuerpo regados por la misma sangre. Si por fortuna no ha caído aquí el chubasco que causó nuestra desgracia, extrañarás sin duda mis palabras, siendo cosa

tan natural que los seres racionales vivan y obren racionalmente. ¡Ay de mí! Escúchame y sabrás de qué manera la locura vino a enseñorearse de mis conciudadanos, desordenando sus pensamientos y pervirtiendo su corazón. Un día en que, como solíamos, salieron todos a pasear por el campo, yo fui el designado para quedarme en la ciudad a cuidar de algunos pobrecillos que habían caído enfermos. No haría una hora que habían salido cuando se extendió sobre nuestra isla una negra y pavorosa soldadura de nubes; estalló el trueno; se oscureció la tierra y reventó la tempestad en copiosa lluvia. El aire se impregnó de un irresistible olor de azufre y fue tan terrible la influencia de aquella tempestad que todos los enfermos se me murieron lanzando grandes ayes. Yo mismo, a pesar de ser robusto, sentí un interno malestar y desvanecimiento, por lo que me tendí en la cama y me arropé cuidadosamente. Cuando se serenó el cielo, salí a los portales de la ciudad a recibir a mis conciudadanos que, en efecto, volvieron a poco y, aunque mojados, muy alegres y divertidos, lo que no dejó de chocarme. Pero grande fue mi dolor el siguiente día al notar que todos se habían vuelto locos. ¡Ay, los desgraciados ni siquiera se acuerdan de lo que fueron! No reina ya entre ellos el mérito, sino la intriga y el oro. En vez de amarse, agitados por la envidia u otras pasiones repugnantes, se hacen una guerra continua. Les parece ridículo el que por un quítame allá estas pajas no se bate

con su semejante, exponiéndose insensatamente a perder la preciosa vida. Han sustituido a la sencilla humildad por la aparatoso modestia, virtud artificial, encubridora del orgullo y enemiga de la verdad. Todos quieren dominarse unos a otros y ninguno acierta a gobernarse a sí mismo. ¡Ah ciudad de locos! Porque les he predicado la verdad y les he reprendido y he procurado avivar en su mente nebulosa un recuerdo de lo que fueron, me han insultado, me han perseguido, me han apedreado y me he visto precisado a huir, abandonándome a la mar, menos insensata que ellos. Por fin he llegado aquí, donde espero encontrar una nueva patria y hombres de sano entendimiento.

—¡Ah cuitado! ¿Por qué no te tragaron las olas? Aquí, lo mismo que en tu tierra natal, somos también locos. Si alguna vez aparece entre nosotros un genio superior que nos predique la verdad y se esfuerce por corregirnos, le hacemos guerra a muerte; ¡bajó acá nuestro Dios y le crucificamos!

—¿Ha pasado por aquí también la nube maldita? ¿Descargó aquí también el funesto chubasco?

—No sé si ha caído sobre nosotros o nuestros padres esa lluvia del infierno, pero a todos debió de llovernos en la sesera aún antes de nacer en el vientre mismo de nuestras madres.

21 de junio de 1883